

NEORRETÓRICA EN EL SIGLO XX: LA PRERROGATIVA DE POZUELO YVANCOS SOBRE UN MODELO DE RETÓRICA TEXTUAL

NEO-RHETORIC IN THE 20TH CENTURY: POZUELO YVANCOS' PREROGATIVE ON A MODEL OF TEXTUAL RHETORIC

ENCARNACIÓN MARTÍNEZ ZAMORA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Resumen: Este artículo plantea la necesidad actual de recuperar a la retórica como una herramienta clave para comprender mejor tanto a la literatura como a la sociedad. Para ello, se recurre a la propuesta de neorretórica que el profesor José María Pozuelo Yvancos desarrolló a finales del siglo pasado en su artículo *Neorretórica y retórica general*. Esta propuesta vincula consideraciones clásicas de la *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio* con aportaciones contemporáneas como las de Van Dijk, Tomás Albaladejo o García Berrio, que posibilitan una consideración del arsenal retórico de caracterización totalmente pragmática.

Palabras clave: retórica, pragmática, sociedad, literatura, neorretórica.

Abstract: This article raises the current need to recover rhetoric as a key tool for a better understanding of both literature and society. To this end, it resorts to the proposal of neo-rhetoric that Professor José María Pozuelo Yvancos developed at the end of the last century in his article *Neorretórica y retórica general*. This proposal links classical considerations of *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* and *actio* with contemporary contributions such as those of Van Dijk, Tomás Albaladejo or García Berrio, which make possible a consideration of the rhetorical arsenal with a totally pragmatic characterization.

Keywords: rhetoric, pragmatic, society, literature, neo-rhetoric.



1. Introducción

La retórica se ve expuesta a una multiplicidad de intentos definitorios a lo largo de la historia, puesto que su caracterización no goza de consenso en el ámbito académico. Aun así, se establece cierta ligazón entre la variabilidad de propuestas, ya que existen especificidades compartidas. Para Roland Barthes, la retórica es “ese metalenguaje que reinó en Occidente desde el V a. C. al XIX d. C.”. Este metalenguaje se ha definido desde multiplicidad de prácticas a lo largo de la historia: como arte de la persuasión (organizado por una serie de reglas internas), como enseñanza, como ciencia (campo de observación autónomo que clasifica a los fenómenos discursivamente estudiables), como moral (“cuerpo de prescripciones morales cuyo rol fin es vigilar los desvíos del lenguaje personal”), como práctica social (“técnica privilegiada que permite a las clases dirigentes asegurarse la propiedad de la palabra”) o como práctica lúdica (juegos, parodias, alusiones obscenas...) (Barthes 1982: 9-10). Este conglomerado de acción se sintetiza en la definición de Tomás Albaladejo. El teórico comprende a la retórica como disciplina clásica del discurso, concebible como arte y ciencia simultáneamente. Como arte, la retórica trabaja con un grupo de reglas que construyen discursos focalizados en una persuasión receptiva. Como ciencia, se encarga de estudiar los distintos niveles de esos discursos persuasivos, en sus aspectos constructivos, referenciales y comunicativos (Albaladejo 1991: 11). Pero, sin duda, uno de los intentos de definición retórica más interesantes es el que propuso Laussberg, influido por Quintiliano, en su *Manual de retórica literaria*. Este autor define a la retórica desde su contraposición con la gramática, como *ars bene dicendi*. El *bene dicendi* se articula a través de un uso lingüístico que se superpone al lenguaje gramatical llegando a desviarlo. De este modo, el *ars bene dicendi* que caracteriza a la lengua retórica (que ha llegado a abordarse como literaria), se desvía del *ars recte dicendi* de caracterización lingüístico-gramatical (Laussberg 1975: 83-84). La caracterización de la retórica como hipótesis de desviación lingüístico-literaria se extiende por gran parte de las orientaciones metodológicas del siglo XX pero, también, se enfrenta a variedad de críticas. Asimismo, el estudio del discurso literario intenta buscar su especificidad más allá del espacio intrínsecamente lingüístico, encontrando nuevas herramientas con las que analizarse. En las páginas subsiguientes, se expondrá la manera en la que el discurso literario y la retórica se desligan de la caracterización intrínsecamente lingüística a la que la historia los había condenado, para encontrar su porqué en lugares semántico-pragmáticos a los que la propuesta de neoretórica, confeccionada por Yvancos en su artículo *Neoretórica y retórica general*, permite llegar.

2. Situacionalización: la primera vez que la retórica abrió los ojos

La retórica nace de un conflicto social en Sicilia cuando, en el 485 a. C, dos tiranos decretan deportaciones, traslados de población y exportaciones para poblar

Siracusa y beneficiar a los mercenarios. Como consecuencia, se desarrolla un levantamiento popular que involucra a jurados a quienes la población debe convencer de su causa y posición. Uno de los instrumentos que la ciudadanía encuentra óptimo para reforzar su litigio es la elocuencia discursiva, la cual, gracias a su influencia social, se inserta rápidamente en los sistemas de enseñanza. Además, la sociedad griega tiene una gran consideración por las creaciones lingüísticas, hasta el punto de que concibe a los poetas como poseedores del conocimiento y toma sus poemas como modelos para la formación de los jóvenes. Teniendo en cuenta estas distinciones sociales, no es de extrañar la rápida expansión de la retórica, desde Sicilia, a la totalidad de la Grecia antigua -sobre todo, gracias a personalidades como la de Tisias- (Barthes 1982: 12). Uno de los lugares donde la retórica se desarrolla plenamente es en Atenas, gracias a la democracia. La construcción discursiva para persuadir a un auditorio es vital tanto para el ciudadano libre con responsabilidad política como para el individuo que pretende defenderse a sí mismo en una causa judicial. De este modo, la aparición de expertos capaces de enseñar a ganar cualquier causa a través de la oratoria discursiva, se vuelve una necesidad social. Así, personalidades como Isócrates, Protágoras o Gorgias suponen vitales en la niñez y crianza de la retórica (Albaladejo 1991: 24). Pero, como en todo asunto, siempre ha de haber un detractor. En este caso, Platón pasa a la historia por acusar a la retórica sofística de suscitar en sus oyentes la persuasión de una *doxa* y, por lo tanto, alejarse de la *episteme*. Para el autor del *Fedro*, el orador filosófico es el único que, con la dialéctica, puede tratar idóneamente la retórica en beneficio de la certeza. De este modo, Platón entiende que la retórica sofística tiene fines perniciosos y es completamente ruda e insuficiente. Solo se le otorga un cierto valor cuando se basa en una formación y aplicación filosófica (Nietzsche 2000:83-84). También es importante el papel de Aristóteles con su *Retórica*, tratado que sienta las bases de los manuales retóricos de gran parte de la tradición occidental. El estagirita define a la retórica como “la facultad de observar todos los posibles medios de persuasión sobre cada cosa” (Nietzsche 2000: 85). Así, la retórica no se presenta ni como una ciencia ni como un arte, sino como una facultad que puede aspirar a convertirse, progresivamente, en arte. Esta facultad, centrada en la persuasión, se encarga de todos los medios posibles para alegar en favor de una causa, aunque la causa sea dudosa (Nietzsche 2000: 85).

En el siglo II a. C. las enseñanzas retóricas viajan hasta el Imperio romano, que preserva la cultura griega. Esta situación cultural permite a la retórica seguir creciendo de forma cómoda, habitando en nuevas escuelas y tratados como el *Rhetorica ad Herennium*, obra anónima del 90 a. C. que ofrece una de las primeras sistematizaciones retóricas. Esta obra fue atribuida, inicialmente, a Cicerón, ya que es una creación que consta de muchos preceptos aristotélicos, algo que era habitual en la producción de este autor (Albaladejo 1991: 27). Cicerón (creador de la teoría de los tres estilos), destaca en la tradición por sus sobresalientes discursos en prosa latina. Asimismo, desarrolló una gran variedad de tratados retóricos, donde destacan: *De inventione oratoria* -obra de juventud-, *De oratore* -obra en forma de diálogo donde define al orador y pasa factura a las partes tradicionales

de la retórica-, *Orator* -perfilamiento del orador ideal-, *Brutus* -historia de la retórica- o la *Tópica* -resumen de los tópicos aristotélicos- (Barthes 1982: 19). Entre los autores latinos también resonó el nombre de Quintiliano, creador de los doce libros de *Institutio Oratoria*, producción que deja perfectamente establecida la organización retórica que se va a seguir con posterioridad. Dentro de esta sistematización, se establecen cinco operaciones que son protagonistas en el modelo de la *retorica recepta*, a saber: *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio* (Barthes 1982: 20). En primer lugar, la *inventio* consiste en la obtención del material argumentativo que va a insertarse en el discurso. Seguidamente, la *dispositio* es la operación que estructura los elementos conceptuales dentro del discurso. En tercer lugar, la *elocutio* consiste en la verbalización o lexicalización de cada uno de los elementos argumentativos. Estas tres primeras operaciones se relacionan directamente con el discurso en lo concerniente a su elaboración. Finalmente, cuando el discurso ya se ha confeccionado, el orador ha de memorizarlo -proceso que corresponde a la *memoria*- y exponerlo, proceso denominado *actio* (Albaladejo 1991: 44-49).

Posteriormente, la caída de Roma da paso a una sociedad fundamentalmente cristiana, donde las lenguas establecen con el mundo una relación de analogía. El lenguaje no es arbitrario, sino que “está depositado en el mundo y forma, a la vez, parte de él, porque las cosas mismas ocultan y manifiestan en su enigma como un lenguaje y porque las palabras se proponen a los hombres como cosas que hay que descifrar” (Foucault 1966: 53). De este modo, el lenguaje tiene una función simbólica, por lo que su estudio permite el descubrimiento de los secretos divinos que la naturaleza esconde (Foucault 1966: 53). Esta conciencia lingüística le otorga a la retórica un lugar en las enseñanzas de la época: el *trivium* (que, con el *quadrivium*, conforma el sistema educativo del *septennium*). Asimismo, se desarrollan las *artes medievales*, que introducen gran parte de los avances retóricos de la época. Este sistema se ve alimentado por tres subgrupos artísticos, a saber: *artes dictaminis*, *artes praedicandi* y *artes poeticae*. Las *artes dictaminis* trabajan la estructura textual del discurso, focalizándose en el ámbito epistolar. Las *artes praedicandi* también refuerzan la organización textual, pero sobresaltando los dispositivos de resumen y de división temática, los cuales facilitan la recepción de, por ejemplo, sermones religiosos. Finalmente, las *artes poeticae* siguen manteniendo el interés por la organización global del texto y, además, se interesan por el estrato rítmico-versal de la producción. De este modo, la Edad Media ofrece contribuciones importantes para el sistema retórico: desde variedad de discursividades, focalizándose en la organización global del texto así como en los elementos de exhortación del estilo como medio de embellecimiento. Pero no todo son días alegres para la retórica, ya que sufre un distanciamiento con la dialéctica que supone el inicio de su paulatino declive (Albaladejo 1991: 30-32).

Más adelante, en el Renacimiento se desarrolla la retórica mediante dos vías que, en cierto modo, se complementan. Por un lado, la retórica sigue afianzándose (gracias, en parte, a la influencia grecolatina). Pero, por otro lado, hay humanistas anti-retóricos que desconfían de esta disciplina, ya que la asocian a un

adorno discursivo, alejado de la dialéctica y la verdad. Además, a esta última perspectiva se le suma la invención y expansión de la imprenta, que influye como hecho clave en la desmembración de la *rhetorica recepta* (por la ya innecesaria participación de la *memoria* y la *actio*) reduciéndola, progresivamente, a *elocutio* (Barthes 1982: 36-37). Este reduccionismo se agrava, sobre todo, en el siglo XVI, con personalidades como Petrus Ramus. El filósofo disocia *memoria* y *actio* del devenir retórico, insertándolos en el teatro. Asimismo, reclama los materiales retóricos de la *inventio* para la dialéctica y readapta el conglomerado de la *dispositio*, terminando por restringir a la retórica a mera *elocutio*. De este modo, el abandono social del eje oral por un eje escrito, priva a la retórica de todo atisbo de protagonismo y la reduce, como muestran los tratados dieciochescos, a mera ornamentación verbal. Estos tratados suponen inventarios de recursos y figuras que sobreviven artificialmente, bajo la protección de reglamentos oficiales (Albaladejo 1991: 35-38). Ya en el siglo XIX, la antigua retórica agoniza, porque pasa, irremediablemente, al constructo de la literatura, perdiendo su individualidad. Además, vive sus últimos años amortizándose en clasificaciones de recursos figurativos que son puramente monumentalistas, desvinculadas de su contexto (Barthes 1982: 40-41).

La llegada del siglo XX enfatizó la atención de gran parte de las poéticas lingüísticas en la definibilidad del lenguaje literario. Pero, encontrar a los ojos vanguardistas focalizados en la especificidad de la palabra poética no es lo llamativo, más bien lo resaltable se halla en la novedad que estos avances han supuesto con respecto a las consideraciones que, sobre los recursos verbales brindaba el sistema de la retórica clásica.

3. La Retórica en el siglo XX

Las poéticas lingüísticas de inicios del siglo XX, en su intento por encontrar la especificidad literaria, optaron por focalizarse en el estudio de los discursos artísticos. Para lograr dicho cometido, se volvió vital la recuperación del arsenal retórico, que otorgaba las herramientas necesarias para desenmarañar a la organización textual. Este propósito se realizó de una manera acotada, trabajando únicamente con la *elocutio*. Pero, ¿en qué consiste eso a lo que la retórica denominaba *elocutio*? Pues bien, esta operación respondía al uso ideal de la lengua en cuanto a aspectos estilísticos se refiere, dependientes de una situación comunicativo-variable. Son cuatro las virtudes estilísticas que la retórica resguardaba: pureza, claridad, ornato y decoro. En primer lugar, la pureza responde a aspectos de índole gramatical, ya que vela por el buen uso idiomático dentro del estrato de la gramática. Seguidamente, la claridad se asienta más allá de una adecuación normativo-gramatical, apelando por una selección lingüística precisa con respecto al sentido semántico al que se pretende alegar. Por lo tanto, la claridad se preocupa porque la construcción sintáctica del texto permita al lector acceder de forma plausible a la estructura informativa, huyendo de complicaciones que deriven en confusiones sintácticas. En tercer lugar, el ornato es la virtud más literaria del catálogo elocutivo, puesto que se focaliza en los artificios que permiten transgredir las reglas

gramaticales, constituyendo los rasgos distintivos del discurso literario (Ariza 2021: 109-117). Pero nunca ha de concebirse al ornato con una oposición entre lenguaje literario y lenguaje gramatical, puesto que existe una base gramatical común para ambos casos, aunque el registro sea diferente. De esta manera, la base lingüística del lenguaje de uso normativo-gramatical y del lenguaje poético se concebía como la misma, con una única diferencia en la finalidad estética (*delectatio*), que debe llevar consigo el discurso literario, huyendo de la indiferencia de percepción (*tedium*) que recorre el lenguaje normativizado. Esto puede percibirse gracias a la noción retórica de desvío. Este concepto no supone un procedimiento, sino que se trata de la constatación de una realidad ornamental del discurso. Es decir, que el concepto de desvío simplemente expresa una diferenciación de rumbos lingüísticos (sin adentrarse en una metodología). Además, el desvío se elabora de manera unidireccional, caminando en dirección opuesta al lenguaje cotidiano (por mucho que comparta su base con él) (Yvancos 1988: 34). Por último, el decoro encamina a las tres virtudes anteriores hacia el espacio pragmático en el que conviven emisor, texto y receptor. De este modo, el decoro puede ser interno -cuando concierne a las propiedades que atañen a la construcción del discurso- o externo -cuando se preocupa por las relaciones entre el discurso en sí y los factores de emisión y recepción que lo acompañan- (Ariza 2021: 117-121).

3.1 Estilística

La conexión entre estilo y pragmatismo es algo que se repasa profundamente en la estilística. Esta corriente se focaliza en el análisis del “*etymon* espiritual” de un autor, a través de las variantes estilísticas de su obra. Justamente, ese uso característico del lenguaje que se puede rastrear en los discursos literarios de un autor corresponde a la noción de desvío ya trabajada por la *elocutio* clásica. La novedad que introducen los estudios estilísticos con respecto a la desviación literaria es la posibilidad de acceso a la conciencia estructuradora del creador, y después a la interpretación de su intención artística (Llovet 2012: 60-61). Pero no todos los estilistas se relacionan con la desviación de la misma forma, algo que deviene en una bimetración de enfoques. Uno de los primeros estilistas a resaltar es Leo Spitzer, el cual se encargó de introducir el término de desvío como centro de su método de análisis. La labor de este estilista es bastante curiosa, ya que se focaliza en abordar la estructura a partir de una intuición totalizadora, donde el sujeto, objeto y la creación lingüístico-literaria han de aprehenderse de forma integrada a partir del detalle filológico (Yvancos 1983: 23-24). Es el círculo filológico (término original de la hermenéutica filosófica de Schleiermacher) el que permite que, tras haber leído sucesivas veces un texto, se encuentre un rasgo reiterado y extraño (desvío) que encauza al estilista hacia el descubrimiento de un perfil creador. Este principio general del círculo filológico es bastante similar a ciertas pautas de los formalistas rusos, puesto que permite entrar en la obra a partir de elementos significativo-textuales como inicio de la interpretación (Llovet 2012: 61). También Amado Alonso y su hermano van a coincidir con Leo Spitzer en tratar a los

signos materiales de una obra como puente entre los espíritus subjetivantes de un autor y un lector. Pero, por mucho que la función de la forma artística sea vinculante para este conglomerado de autores, la definibilidad interna del sistema signico va a ser motivo de disputa, ya que los españoles se oponen a la concepción del signo lingüístico saussureana¹ que Leo Spitzer sí que defiende. Concretamente, Dámaso Alonso llega a considerar que la concepción signica de Saussure olvida la intervención del aporte afectivo e imaginativo que el creador deposita en las palabras (Yvancos 1983: 21-24). De este modo, Alonso defiende que los valores afectivos son inseparables de los valores conceptuales, como muestra en *El signo lingüístico como objeto de la estilística*:

Cuando pensamos ya en lo “afectivo”, ya en lo “imaginativo”, ya en lo “conceptual” como predominancia en un signo lingüístico, detrás del aspecto elegido, sirviéndole de necesario apoyo están los otros dos, reintegrando constantemente, tozudamente, la rica unicidad total de la criatura idiomática, indivisible. Todos estos elementos, el imaginativo, que nos abre las cámaras interiores, el afectivo, que como un viento trémulo las traspasa, y el lógico, que todo lo construye, informa, vincula y dirige en sentido, forman un complejo que es lo que penetra en la mente del lector y suscita allí esa intuición individual: que es exactamente la comprensión de la obra (Alonso 1966: 33).

3.2 Formalismo ruso y estructuralismo

Ciertamente, el desviacionismo que, como se ha comentado, se perfila en el espacio elocutivo de la retórica, es continuado en diferentes orientaciones metodológicas y escuelas críticas de inicios del siglo XX. Aun así, también se desarrollan distintas implicaciones teóricas que justifican a la literariedad fuera de la tesis desviacionista, algo que sucede, por ejemplo, en el formalismo ruso. El conjunto de teóricos formalistas buscaban las propiedades universales de la literatura a través del estudio científico de los textos. Es decir que, para ellos, lo que hacía que un texto fuese una obra de arte se encontraba en los mecanismos o principios estructurales de dicho objeto. Pero esto no implicaba que la literariedad del texto se desarrollara por desviación, sino que podían ser otras las razones con las que justificar la particularidad del lenguaje en las obras artísticas (Yvancos 1983: 19-20). Fue Sklovski uno de los primeros en ofrecer un compendio de varios principios básicos con los que caracterizar a la identificación de la lengua literaria. Este autor tenía en mente una oposición entre lenguaje poético (literario) y lenguaje

¹ Según Saussure: “llamamos signo a la combinación del concepto y de la imagen acústica: pero en el uso corriente este término designa generalmente la imagen acústica sola, por ejemplo una palabra (*árbol*, etc.). Se olvida que si llamamos signo a *árbol* no es más que gracias a que conlleva el concepto “árbol”, de tal manera que la idea de la parte sensorial implica la del conjunto. (...) Y proponemos conservar la palabra *signo* para designar el conjunto, y reemplazar *concepto* e *imagen acústica* respectivamente con *significado* y *significante*” (Saussure 1945: 92).

ordinario. En referencia al último caso, Sklovski defiende que el lenguaje ordinario tiende a la brevedad (algo que permite justificar las frases inacabadas e incluso las palabras inconclusas que abundan en el habla coloquial), así como a la automatización, derivando en la invisibilización de la construcción lingüística en pro del mensaje transmitido. Contrariamente, el lenguaje poético se resiste a la economía, potenciando la focalización en el propio lenguaje a la hora de construir mensajes y, con ello, generando un extrañamiento en la percepción receptiva que permite al lector vivir la experiencia inmediata de las palabras como si se vieses y no como si se reconocieran, alejándose de la invisibilización automatizadora del lenguaje ordinario. De hecho, Sklovski insistió en que el arte comportaba una función psicológica, ya que restauraba la experiencia inmediata de la vida, algo que permite ver que la caracterización de la lengua poética puede encontrarse en la percepción receptiva (Fokkema 1984: 32-35). Esta afirmación positiva del mecanismo desautomatizador del lenguaje literario desvela tanto la necesidad de proceder que tiene el lenguaje artístico como su focalización en la receptividad, algo que no sucede con la noción retórica de desvío². (Yvancos 1983: 34-35).

Considerar a la desautomatización como manifestación de la poeticidad termina siendo una constante que también llega a otras escuelas como el estructuralismo de Praga. Jakobson (inicialmente formalista), en su conferencia *Lingüística y poética* (1958), sigue un camino muy similar al de Sklovski cuando intenta distinguir al mensaje literario de otros tipos de conducta verbal. Para lograr esto, introduce a la poética como un acto de comunicación más. Toda conducta verbal está intervenida por seis factores: contexto, mensaje, emisor, receptor, canal y código, los cuales se conectan, respectivamente, con la función referencial, poética, expresiva, apelativa, fática y metalingüística. Cada acto comunicativo ordena estos factores y funciones con jerarquizaciones diversas, estableciéndose así una función predominante, que resalta sobre el resto. En el caso del hecho literario, la función que domina sobre las demás es la poética, por lo que la atención se orienta sobre el mensaje mismo. De este modo, el acto comunicativo que supone el hecho literario dirige su atención a la palabra, sentida por sí misma, en su calidad fónica, morfosintáctica, léxica... huyendo de cualquier automatismo invisibilizador (Yvancos 1983: 40-42). Es esta focalizada mirada en las palabras la que permite distinguir a la comunicación literaria de la no literaria. El signo poético caracteriza sus movimientos en un ir y venir entre la conciencia inmediata de la identidad entre el signo y el objeto, y la conciencia inmediata de la ausencia de esa identidad. Es decir, que el lenguaje poético supone una percepción simultánea, por parte del receptor, del automatismo generalizado en el lenguaje no poético y, asimismo, de su ruptura (Yvancos 1988: 30). Justamente, esta relación no opositiva entre sistemas es bastante cercana a la que alimentaba la retórica. La tradición retórica nunca se limitó a la oposición entre lenguaje figurado y lenguaje simple, sino que, como ya se comentó, existía una base gramatical común para ambos casos. La única diferencia está en la finalidad estética (*delectatio*), que debía llevar consigo

² Recupérese lo comentado con respecto al desvío en la página 3.

el lenguaje poético, huyendo de la indiferencia de percepción (*tedium*) que recurría al lenguaje estándar, ambas características que el propio Jakobson rastrea dentro del estrato comunicativo-pragmático.

Muchas de las investigaciones jakobsonianas fueron recuperadas por personalidades como la de Lacan, que revisó las leyes del inconsciente diseñadas por Freud análogamente a los conceptos de metáfora y metonimia propuestos por Jakobson (*Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos*). Paralelamente, el propio Jakobson tuvo en cuenta la idea de “rasgo pertinente” fonológico de Saussure en su aproximación a la función poética y a la literariedad. Asimismo, la antropología alcanzó un grado de desarrollo muy similar al de la lingüística desde la conciencia de la fundamentación fonológica (Llovet 2012: 65-67). Pero, ¿cómo puede entenderse la unión entre disciplinas tan variadas como el psicoanálisis, la lingüística y la antropología? Pues bien, todas ellas comparten un rasgo fundamental: formar parte del estructuralismo³, donde un conjunto de corrientes y disciplinas trabajaban en torno a una noción de estructura fundamentada en la lingüística de Saussure y la escuela de Moscú y Praga. No obstante, el concepto de estructura de esta línea teórica no coincide con la instauración de métodos equivalentes al trabajo lingüístico sino que, estos investigadores han de rearticular la noción de lenguaje -aun con la lingüística saussuriana de base- antes de definir a la estructura. En realidad, el lenguaje se caracteriza por su capacidad de comunicar, pudiendo ser no verbal, inconsciente o corporal. Por lo que no hay estructura más allá de lo que es lenguaje, se trate de un lenguaje esotérico, sintomático o de signos (Deleuze 2005: 223-235). Sin embargo ¿cómo se aborda la estructura cuando se constituye por elementos tradicionalmente lingüísticos? Y ¿qué ocurre, entonces, con la literariedad? Pues bien, el estructuralismo llegó a definir al lenguaje literario tanto desde el desviacionismo como desde el anti-desviacionismo. Aun así, el desviacionismo se volvió prontamente poco fructífero, por lo que fue necesario el confeccionamiento de otro tipo de justificación más elaborada. Cohen precisó el uso del lenguaje en la cotidianidad y en la literatura a través de un grado cero de la poeticidad, donde se encuentran las leyes de no recurrencia o arbitrariedad entre significante y significado, que caracterizan al lenguaje en su uso habitualmente informativo. La literatura contradice estas leyes, quebrantando el código prosaico. Algo similar proponen personalidades como Saporta, el cual introdujo lo que él denominaba desvío positivo, que serían los rasgos literarios sumados al lenguaje normativo (pero no lo alteran), y contrapuestos al desvío negativo, donde se hallan elementos que atentan contra la norma gramatical y la transgreden. De este modo, entre los estructuralistas, se entiende la gramática como una norma con la que la literatura se encara desde el interior del texto. Aun así, también ha habido autores que han colocado a la literatura en un espacio contextual,

³ Es curioso que, en 1966, casi paralelamente a que se conocieran los textos fundamentales del estructuralismo, Derrida publica *Estructura, signo y juego en el discurso de las ciencias humanas*, donde cuestiona las ideas básicas estructuralistas (comentado en la nota a pie número 8).

liberándola de las fronteras de la palabra y trascendiendo su caracterización a lo que se denominó “contexto estilístico” (Yvancos 1983: 24-29).

Como se ha comentado anteriormente, la lingüística de la escuela de Moscú tuvo una gran influencia en el desarrollo del estructuralismo. Y es que justamente es en la Academia de Ciencias rusa donde se encuentra el principal centro de semiótica estructuralista aplicada a la lingüística y a la literatura. Este centro es de vital importancia puesto que en él trabajó Yuri Lotman, uno de los continuadores más importantes del formalismo ruso. Pero, aunque Lotman trabaje con las fundamentaciones formalistas, su definición de la especificidad literaria va más allá. Para este semiólogo, las consideraciones de Sklovski con respecto al lenguaje poético y a la desautomatización son limitadas, puesto que no potencian el estudio semántico del lenguaje. Contrariamente, la asunción semiótica de cada significante se rastrea en esfuerzos como los de Tinianov o los de Brik, que son sobre los que trabaja el propio Lotman. El semiólogo concibe que la distinción saussuriana de significante y significado es funcional en el lenguaje ordinario, pero no en el lenguaje poético⁴. La inoperabilidad de la diseminación sígnica de Saussure en el lenguaje literario tiene lugar a causa de una inseparabilidad entre los aspectos formales y semánticos (anulándose así la arbitrariedad que liga significante con significado en el lenguaje habitual). De este modo, el texto literario es el resultado de un código literario (donde significante y significado son inseparables) con base en un código lingüístico (que permite interpretar el mensaje). El sistema literario es, pues, supralingual. Además, Lotman relaciona la interpretación y función del texto literario con un código y un sistema de valores; teniendo en cuenta, pues al emisor, al contexto y al receptor⁵ (Fokkema 1984: 56-63).

⁴ El rechazo de la tradición desviacionista de la literatura en pro de una escisión entre lengua estándar y lengua literaria no se perfila únicamente en investigaciones como las de Lotman, sino que es rastreable también en las consideraciones de Teun van Dijk. Para este lingüista, la gramática textual literaria requiere de reglas que pertenecen a la gramática textual general pero no pertenecen, en cambio, a la gramática normativizada. Es decir, que la Gramática textual general engloba tanto a la Gramática normativizada como a la Gramática textual literaria (aunque estas últimas, entre ellas, se encuentren completamente distanciadas) (Yvancos 1983: 67).

⁵ La consideración del sistema literario apoyada en concreciones supralingüísticas ya se percibió, por ejemplo, con la inserción jacobsoniana de la caracterización artística en el sistema comunicativo. Esta integración se halla en el concepto estructuralista de “relación”, el cual defiende que un fenómeno no puede descubrirse de manera aislada, sino únicamente con la ayuda de las relaciones en las que se envuelve. Justamente es la escuela de la recepción uno de los exponentes modernos que mejor llevó el concepto de relación puramente estructural al pragmatismo del texto literario desde su recepción. De este modo, la literariedad puede concretarse desde la receptividad histórica del objeto literario, pero no desde una lectura histórico-normativista, sino desde el relativismo histórico. La intervención que ejerce el lector sobre la determinación de una obra histórica se ve posibilitada gracias a

4. Neorretórica: el objeto de todas las miradas

4.1. Un vistazo a la Neorretórica desde el exterior

Entre las décadas de 1950 y 1960 llegó, a Occidente, el giro semiótico (que como hemos comentado, se extendió también por tierras eslavas) que permitió mirar la historia y a su representación cultural desde un acto interpretativo. Un anuncio publicitario, un país o la mismísima tradición histórica se miraron como discursos con ideologías internas desde las que se organizaban las voces que salían de sus bocas. Pero, ¿a quién pertenece esa mirada semiótico-interpretativa? Son autores como, por ejemplo, Michel Foucault o Roland Barthes, quienes manifiestan una conceptualización discursiva del mundo. El caso de Foucault es bastante interesante, puesto que se encarga de deconstruir la genealogía del significado histórico-tradicional a través de preguntas sobre la representación cultural o la ideología, de la mano del análisis de las arqueologías⁶ occidentales del conocimiento y sus órdenes discursivos. Una práctica análoga es la que lleva a cabo Roland Barthes⁷. Este semiólogo saca la semiología formal de los límites de la lingüística estructural para enseñarle el mundo y los textos que lo conforman. Algunos objetos de esta tarea son Japón (*El imperio de los signos*) o el relato histórico de la tradición occidental (*El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*). Para Barthes, el brillo exótico esparcido sobre Japón desde las manos de Occidente es un adorno falaz que responde a intereses ideológicos. Algo similar sucede también con el relato histórico, el cual pierde su pretendida objetividad en el momento mismo de su escritura, donde los signos no representan lo real, sino lo decible por un autor, una época y una normativización lingüística⁸ -radicando la

espacios de indeterminación que hacen del texto un objeto constantemente inacabado, que el lector ha de actualizar -algo que también comparte Umberto Eco y que se desarrollará en el apartado 4.2.6- (Fokkema 1984: 167-168).

⁶ Las arqueologías occidentales se encuentran, para Michel Foucault, tanto en los conocimientos, ideas filosóficas, opiniones, instituciones o las prácticas comerciales y policiales que conforman una sociedad. Todos estos constituyentes sociales se organizan sobre un saber (anónimo e implícito del que se pretende hacer la arqueología). Ese saber (que es indisoluble del poder), se descubre huyendo más del contenido de la ciencia que de su propia existencia; es decir, investigando las razones por las que cualquier ciencia ha existido o por las que se denomina de una forma determinada y asume un cierto número de funciones en nuestra sociedad. Esta búsqueda se realiza del mismo modo que un arqueólogo estudia los restos de una civilización perdida, procurando profundizar en las raíces de su existencia (Morey 2014: 166-170).

⁷ No es casual la elección de Roland Barthes como ejemplo, puesto que es un autor que el propio Pozuelo Yvancos ha trabajado activamente en obras como *De la autobiografía: teoría y estilos* (2005) o *Barthes y el cine* (1997).

⁸ Atender a la historia como un discurso susceptible de reorganización y relectura no es algo inédito de Barthes, sino que es una perspectiva compartida por contemporáneos suyos como Derrida. El padre de la deconstrucción, en una conferencia transcrita bajo el título *La*

importancia histórica no tanto en lo que se dice sino en quién y cómo lo dice- (Petricles 2004: 11-36).

Esta contextualización de reinante discursividad en la que se mueven los estudios barthesianos se encuentra en una sociedad de consumo, volcada sobre las ciencias de la actuación y la propaganda, que se benefician de los medios persuasivos para convencer, con su cometido, al ciudadano. Es ese un momento perfecto para abrir el cajón en el que se encontraba, empolvada, la retórica, teniendo en cuenta que los constituyentes sociales eran susceptibles de ser mirados como complejas discursividades persuasivas. Además, este conglomerado circunstancial se complementa con el cambio de rumbo que protagonizaron los estudios lingüísticos, así como los crítico-literarios. En el caso de los primeros, se produjo un desplazamiento desde una dominante lingüística de la *langue* a una lingüística de la *parole* (otorgándole visibilidad e importancia al espacio pragmático del lenguaje). En lo concerniente a los estudios literarios, estos se vieron insertados en una crisis que impulsó a los estudiosos a buscar otras vías de investigación más prometedoras para su profesión. Esta búsqueda se vio involucrada en el intento de construir un nuevo humanismo interdisciplinar⁹, que superase el agotamiento de los *ismos* reductores y dejase paso a una nueva, rica y global mirada capaz de enfocarse tanto en literatura como en pintura o música (Yvancos, 1987: 190-193)¹⁰. Parte de

estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas comenta que: “toda la historia, [...] debe pensarse como una serie de sustituciones de centro a centro, un encañamiento de determinaciones del centro. El centro recibe, sucesivamente y de una manera regulada, formas o nombres diferentes. La historia de la metafísica, como la historia de Occidente, sería la historia de esas metáforas y de esas metonimias. Se podría mostrar que todos los nombres del fundamento, del principio o del centro han designado siempre lo invariante de una presencia. El acontecimiento de ruptura [...] se ha producido, quizás, en que la estructuralidad de la estructura ha tenido que empezar a ser pensada. [...] Este es entonces el momento en que el lenguaje invade el campo problemático universal; este es entonces el momento en que, en ausencia de centro o de origen, todo se convierte en discurso” (Derrida 1989: 383-387).

⁹ Claudio Guillén, viejo conocido de Pozuelo, siempre resaltó la necesidad de abordar el estudio de la literatura comparada como una investigación interartística con un centro de gravedad literario. Asimismo, el material para dicha investigación debía buscarse más allá de los límites de un país particular, deviniendo en un tipo de estudio supranacional (Guillén 2005: 121-134). De igual modo, Teun van Dijk procura proponer un estudio del análisis discursivo que requiere un modo de proceder interdisciplinario, puesto que la ciencia del texto consiste en describir y explicar las relaciones internas y externas de la comunicación y del uso de la lengua desde el marco de una conexión transversal (Dijk 1978: 9-10).

¹⁰ Una mirada capaz de trascender fronteras no solo se halló en los estudios literarios, sino que, modelos como la pragmática trascendental de Karl-Otto Apel (que permitía estudiar la fundamentación ética desde una metodología hermenéutica) encarna modelos claros de la caída de las murallas disciplinares (Muguerza 2007: 345-364).

esta interdisciplinariedad anhelada para los nuevos estudios sociales era algo ya vivido por las poéticas de inicios de siglo, puesto que ya habían sido capaces de integrar el conocimiento de la tradición poética con estudios de lingüística y con lo poco que había quedado de la retórica. Fue la integración del tratamiento elocutivo en los estudios poético-lingüísticos lo que permitió rescatar a los restos de la retórica de la mera utilización didáctica a la que había quedado condenada desde finales del clasicismo francés (Albaladejo y García Berrio 1983: 128-131). Y es que es justamente esta fructífera relación entre disciplinas la base para construir una Retórica General Textual a la que Pozuelo Yvancos denomina Neorretórica. Pero, antes de ensimismarnos en la propuesta de este teórico, examinemos dos modelos previos de Neorretórica.

Fue en 1958 cuando Perelman y Olbrechts-Tyteca publicaron su tratado *Traité de l'argumentation. La nouvelle rhétorique*, insertado en una línea de estudio denominada retórica filosófica. Este tratado, que supone una de las primeras neorretóricas, procura reinstaurar a la retórica clásica desde el espectro argumentativo-aristotélico, insertada en el campo de acción de la lógica. Este modelo, focalizado en una mirada dialéctica sobre la retórica, es concebible como un fenómeno de pluralidad interpretativa que permite visualizar a la retórica desde una óptica bastante pragmática (Martínez 2002: 231-232). El protagonismo ganado por el receptor, así como la revivificación del modelo retórico clásico son gestos a admirar, pero insuficientes, según Pozuelo. El problema de la perspectiva de Perelman y Olbrechts-Tyteca reside en que, aunque recuperan estupendamente el modelo retórico, olvidan cumplimentarlo con la partícula -neo. Esto significa que no llegan a actualizar la retórica así como no dan cabida a teorías textuales contemporáneas con las que tratar el discurso. De este modo, el único *neo* que se rastrea en la propuesta de estos dos estudiosos es el del neoaristotelismo en el que se refugia su pensamiento. La carencia está también presente, según Yvancos, en la segunda neorretórica. En este caso, se trata de una nueva retórica caracterizada por aportaciones varias como las del grupo Mi, Todorov o Cohen. Esta propuesta sigue una línea de interés marcadamente formalista y desideologizadora, por lo que se focaliza en la relevancia del signo. La manera con la que se estudia el texto por parte de estos autores pone al margen al esquema retórico clásico, autolimitándose a la especialización de la técnica elocutiva aplicada al texto y olvidando el resto de ramas que forman parte del árbol retórico (Yvancos 1987: 188-190).

4.2. Un vistazo a la Neorretórica desde el interior

Para cubrir las insuficiencias denotadas por los dos modelos de neorretórica expuestos precedentemente, José María Pozuelo Yvancos construye una propuesta que podría calificarse de Retórica General Textual. Esta tercera neorretórica pretende erigirse sobre una base triádica muy característica, a saber: la completud de la *rhétorica recepta* -huyendo así de la sinécdoque que caracterizó a la *elocutio*-, el uso de teorías contemporáneas -y con ello, eminentemente

pragmáticas- que cubran las necesidades del discurso y, por último, pinceladas de las poéticas lingüísticas (Yvancos, 1987: 190). La factibilidad del modelo ofrecido por Yvancos es lo que se desarrollará en las páginas siguientes.

4.2.1. Organización textual: Retórica clásica

La retórica clásica consta de una organización interna de cinco operaciones, a saber: *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio*. La *inventio* supone el encuentro de las ideas que se van a expresar en el discurso, por lo que se constituye como una operación extensional. Cuando los materiales extensionales ya han sido recopilados, se intensionalizan a través de la producción textual¹¹. Es ya dentro de la intensión textual donde se produce la *dispositio*, es decir, la organización del material conceptual que se recopiló en la *inventio* con anterioridad. La acción ejecutada en la *dispositio* se constituye como soporte de la *elocutio*, que es la materialización lingüística del conjunto de operaciones que la anteceden. La presentación teórica de estas operaciones se da de manera sucesiva pero, en el ejercicio práctico, ocurre de forma simultánea. No puede concebirse la existencia de una operación sin las demás, al igual que no se puede pensar sin lenguaje¹². La coexistencia del arsenal operativo ocurre en una globalidad textual que augura dinamismo (Albaladejo y García Berrio, 1983: 131-134). La composición de esta unidad textual persigue tres fines persuasivos sobre el auditorio, a saber: *movere*, *docere* y *delectare*, los cuales reflejan una activa relación entre emisor y receptor. García Berrio y Albaladejo realzan este último punto al definir a la retórica como “disciplina teórica y práctica de la persuasión, que posee una naturaleza fundamentalmente perlocutiva, a la cual quedan subordinadas sus dimensiones locutiva e ilocutiva¹³, al hacerse la actuación en el receptor sobre la base de una organización sintáctico-semántica y sintomático-expresiva” (Albaladejo y García Berrio, 1983: 139). Este perfil comunicativo de la retórica encuentra su representación, según Yvancos, en los *genera* y *status* aristotélicos como base de la elaboración de la *materia artis rhetoricae*¹⁴. A la materia discursiva se le exige una universalidad que se busca también en los oradores como conjunto, pero no como particulares (por

¹¹ Se concibe, en este caso, que la información es intensional cuando los conceptos están presentes, directamente, en el texto. Cuando la información se halla fuera del texto (es decir, en el estrato referencial), es extensional (Dijk, 1978: 41).

¹² Vigotsky, (1995) *Pensamiento y lenguaje*.

¹³ Albaladejo y García Berrio utilizan, conforme a la pragmática, presupuestos propios de la teoría de los actos del habla, de la que se hablará más adelante.

¹⁴ Lausberg define la *materia artis rhetoricae* de la siguiente manera: “El estadio inicial de la *res* (y en general la *res* sin tener en cuenta la clase de su elaboración) es la *materia*, objeto del discurso. Cada discurso tiene su *materia*. La *materia* de todos los discursos posibles se llama *materia artis rhetoricae*, la suma de todos los posibles objetos de un discurso” (Lausberg 1975: 100).

lo que cada orador, de manera individual, ha de conocer qué materia es capaz de tratar). Esta universalidad necesita de una división que puede encontrarse en las *quaestiones*. La organización de las cuestiones discursivas se basa en la relación pretendida entre los interesados del discurso (el orador, el objeto del discurso y el oyente), rastreable en los tres *genera* aristotélicos¹⁵. Cada género perfila su adecuada expresión literaria en la *quaestio*, que se divide en tres grados distintos de complejidad: *simplex*, *coniuncta* y *comparativa*¹⁶ (Lausberg 1975: 104-118). Pozuelo Yvancos encuentra una enorme dependencia entre la tipología de las *quaestiones* con los constituyentes principales de la teoría macroestructural. Para el teórico, existe la posibilidad de concebir una tipología textual según los grados de complejidad en función del número y relación de sus macroestructuras (Yvancos 1987: 197). Pero ¿qué es una macroestructura? ¿Qué relación tiene con la totalidad discursiva? ¿En qué consiste una teoría de la macroestructura textual? Las respuestas a estas preguntas nacerán del análisis del texto, desde una mirada macroestructural.

4.2.2. Organización textual: macroestructuras y microestructuras

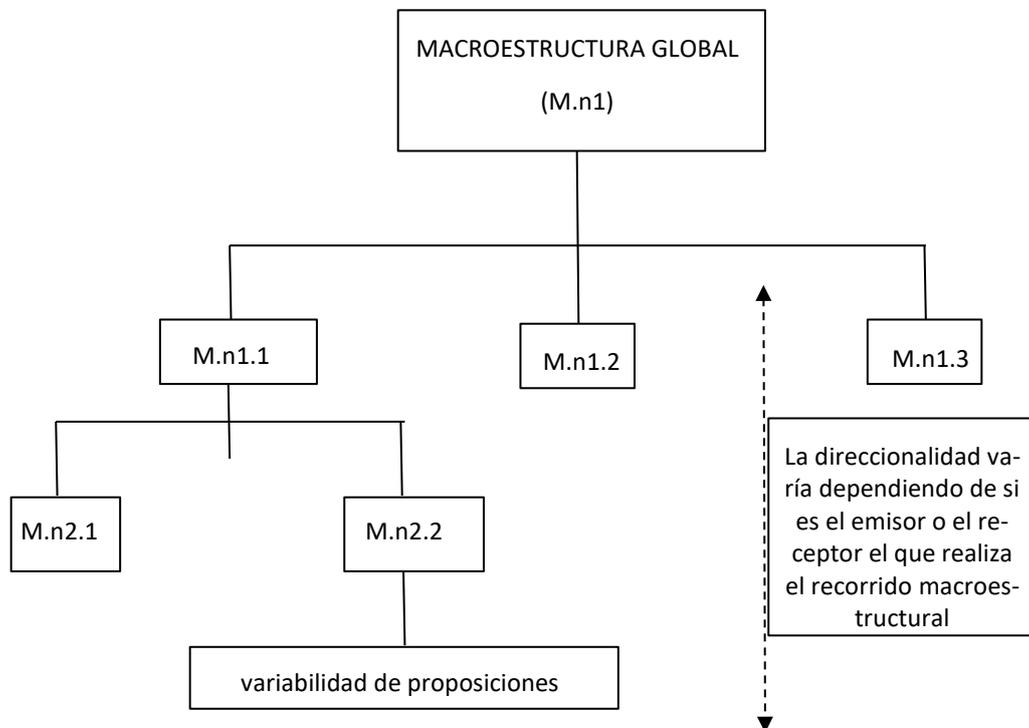
Partiendo de la gramática generativo-transformacional, van Dijk distingue dos estructuras principales para la organización del texto, a saber: macroestructura y microestructura¹⁷. Por una parte, la estructura superficial textual (microestructura) supone la estructuración de la manifestación textual lineal, donde queda reflejada la organización temática (cubriendo así la *elocutio*). Por otro lado, la

¹⁵ Tradicionalmente, los tres géneros aristotélicos son conocidos como judicial, deliberativo y demostrativo (o epidíctico). En el primer caso, se trata de un tipo de discurso que pretende favorecer una valoración sobre un derecho que ha sido afectado -por lo que se ve filtrado por nociones de justicia-. El discurso deliberativo es concerniente a asuntos vinculados con la voluntad, por lo que se encuentra envuelto en categorizaciones éticas. Finalmente, el discurso demostrativo muestra valores y modelos de forma estimable. Las características que conforman esta división son suficientemente amplias como para abarcar la universalidad de la *materia artis rhetoricae*. De igual forma, los géneros son espacios dialécticos que pueden contener elementos del resto de géneros si la ocasión lo solicita (Lausberg 1975: 110-117).

¹⁶ La división de las *quaestiones* encuentra su base en el *status causae*, que responde “a la cuestión capital (...) que sirve de base a la *causa* y de la que ha de partir el tratamiento de la *causa*”. De modo que el *status* es la clase de pregunta que ha de hacerse el orador conforme al meollo de la *causa* (Lausberg 1975: 122).

¹⁷ La organización textual no se constituye, únicamente, por macro y microestructuras, sino que también existen, por ejemplo, las superestructuras, que son las estructuras globales en las que se inserta la macroestructura, y que permiten definir el tipo de texto tratado. Así, las superestructuras suponen una organización textual del estrato semántico del texto, independiente de las estructuras textuales lingüísticas (Teun van Dijk 1978: 141-158).

estructura profunda textual (macroestructura) es la representación abstracta de la estructura global de significado de un texto (que sería el resultado de la *inventio* y la *dispositio*). Justamente, este tipo de estructura global puede entenderse como temática, la que establece una coherencia textual que recuerda a la noción de isotopía greimasiana de organizaciones sémicas, paralela a la estructura profunda de cada oración. Esta analogía es relevante, ya que se dan diversos niveles de macroestructura en un texto. Existen significados pertenecientes a oraciones aisladas, denominados proposiciones. La unión de diversas proposiciones permite ir construyendo macroestructuras en las que reside una información que se amplía progresivamente, hasta desembocar en la macroestructura global textual, que supone el grado semántico más alto, como se observa en el siguiente esquema (van Dijk 1978: 55-57)¹⁸ (Esquema 1):



Esquema 1

4.2.3. Presencia de la *topica* en la teoría macroestructural

Se denomina tópico textual al nivel más profundo de la macroestructura global. Pero, además de los tópicos textuales, también es posible hallar tópicos parciales, que son aquellos que subyacen en párrafos, capítulos o secuencias de

¹⁸ La variabilidad de relación del emisor y el receptor ante la macroestructura se tratará en páginas posteriores.

oraciones y corresponden a niveles macroestructurales más pequeños (en relación al global), así como a las proposiciones (Albaladejo y García Berrio 1983: 145-146)¹⁹. Para van Dijk, esta estructura semántica central que supone el tópico es cercana a lo que convencionalmente se concibe como tema²⁰. Desde la tradición poética de la tematología moderna, Manfred Beller hace patente la presuposición recíproca que existe entre tema y tópico, coincidiendo con Curtius en que: “[...] en la tópica [...] se podían encontrar las ideas más generales, a propósito para citarse en todos los discursos y en todos los escritos. [...] El autor debía atraer al lector hacia su tema; para la introducción (*exordium*) existía, por lo tanto, una tópica especial” (Naupert 2001: 109). La línea esbozada por Beller es reseguída por Jost. Este autor establece una conceptualización teórica dividida en dos grandes complejos temáticos. En el primer grupo, sitúa los componentes dirigidos en predominancia hacia el contenido espiritual, lo que puede concebirse como la idea. En el segundo grupo, se encuentra la orientación formal, que gira alrededor del primer grupo. Los tópicos se relacionan con ambos grupos, reuniendo tanto una faceta temática como formal-arquitectónica, y entendiéndose como un conglomerado de esquemas de pensamiento que tienen un carácter figurado y fijado lingüísticamente (Naupert 2001: 108-113). Otra definición es la de Claudio Guillén quien, en *Entre lo uno y lo diverso*, entiende los tópicos como imágenes, representaciones breves o expresiones formularias que connotan tradiciones perdurables en el tiempo, es decir, que acarrearán una tradicionalidad que sobrevive en las páginas del libro y permite recordar una herencia retórico-literaria culta. La repetición en el tiempo de una misma fórmula puede terminar por desgastar el sentido del tópico, convirtiéndose en una cáscara vacía y deviniendo en una actitud burlesca por parte del creador. Un ejemplo de mofa ante la tradición literaria puede encontrarse en autores como Góngora o Quevedo. Claudio Guillén estudia el aborrecimiento ante el hilo de la tradición que se desprende de variadas obras quevedianas con respecto a tópicos que agonizaban en la convencionalización de su época (Guillén 2005: 254-259). También, Pozuelo Yvancos estudia tres sonetos del

¹⁹ La tradición retórica siempre ha reservado un espacio privilegiado para los tópicos dentro del estrato inventivo. Aristóteles delineó dicho espacio al definir a los tópicos como los lugares comunes que despliegan la red o trama de los géneros oratorios de la persuasión. De modo que los *topoi* suponen la expresión de una materia que se presenta a través de una inferencia universal (Aristóteles 1999: 14-15).

²⁰ El concepto de tópico es algo controversial en su acercamiento a la noción de tema, por lo que autores como Umberto Eco prefieren referirse a él como un esquema abductivo propuesto por el lector, alejándose del tópico en consonancia con el concepto de fábula de Tomachevski, que sería uno de los exponentes de la tematología más utilizados tradicionalmente para tratar la noción de tema vista desde una inserción propiamente textual (Eco 1981: 125-126). No debe olvidarse que para van Dijk la composición textual establece una relación férrea con lo pragmático, por lo que el tópico puede remontarse al tema también desde la recepción, teniendo en cuenta la capacidad receptiva de conformación macroestructural -algo que pretende exponerse entre los apartados 4.2.6 y 4.2.7-.

mismo autor para hallar, a través de ellos, el uso de los tópicos en la inventiva quevediana. Pero, ¿qué suponen para Yvancos los tópicos? En su propuesta de neorretórica, Pozuelo emite varias respuestas al respecto. Como primera opción, concibe a los tópicos desde un estrato semántico-hermenéutico abordado como casilla vacía, donde tienen cabida variabilidad de operaciones. La segunda opción es abordar a los tópicos como depósito de temas ya consensuados e instaurados en la memoria de una colectividad, donde la libertad que caracterizaba a la primera definición queda descartada²¹ (Yvancos 1987: 206-209). Pero el profesor Yvancos va más allá cuando encuentra, que existen estructuras sintáctico-estilísticas análogamente concebibles a los *loci*:

La hipótesis de trabajo en que con frecuencia la construcción del soneto quevediano, en todas las Musas y no solo en la poesía grave o moral, adopta una típica ordenación retórica que supone el discurrir del argumento por cauces estructurales fijos, esto es, por una cuidada disposición pragmática y sintáctica que permite que ideas y temas muy diferentes, que responden a *loci* diversos, sin embargo se desarrollan en estructuras muy delimitadas y convencionalmente ajustadas al pentagrama del discurso argumentativo de la retórica (Yvancos 1999: 2).

De este modo, Yvancos se percató de que la reiterabilidad esquemático-fija de su segunda definición del tópico puede no responder únicamente al espacio semántico, siendo rastreable también en el estrato sintáctico-compositivo. Pero, además, si se tiene en cuenta que semántica y sintáctica han residido, tradicionalmente, en las operaciones de *inventio*, *dispositio* y *elocutio*, puede sospecharse la inseparabilidad con la que el teórico mira a estas tres operaciones, cuando las encuentra tras las palabras que construyen los sonetos quevedianos (Yvancos 1999: 2-3)²². Este vínculo está patente también en la teoría macroestructural debido, entre otras cosas, a su implicación con la organización retórica.

4.2.4. Variantes estilísticas

Todo el cuerpo macroestructural que corresponde tanto a *inventio* como a *dispositio*, encuentra sus vestiduras en la microestructura (la *elocutio*). La labor de la microestructura como forma de enlace entre proposiciones u oraciones es curiosa, ya que su uso de deícticos, pronombres, demostrativos, artículos u órdenes léxicos, da cabida a múltiples variabilidades estilísticas (Albaladejo y García Berrio

²¹ El tópico (sin importar tanto la variabilidad de definición que protagoniza), ha de estudiarse desde las teorías textuales actuales, así como desde las prácticas políticas, morales, cognitivas o sociales en las que habite la teoría textual que se pretenda abordar (Yvancos 1987: 207-208).

²² Recuperándose el trato simultáneo que se dirigían las operaciones retóricas en su ejercicio práctico, comentado en la página 15.

1983: 160-161). El estilo lingüístico remite a “elecciones de quien escribe entre las formas de expresión que le posibilita su gramática; por tanto, se define entre el uso y la norma”, mirando hacia cierta libertad lingüística con la que modular la lengua²³ (Ariza 2021: 103). Para van Dijk, la función de la variante estilística influye tanto en la diversidad de estructuras *tópico-comento*²⁴ conformes a las proposiciones²⁵ como en el ámbito de la pragmática. Los constituyentes estilístico-textuales pueden variar, por ejemplo, dependiendo del grado de explicitud, la integridad relativa o quebrantamientos variables (mayoritariamente de carácter mínimo) de coherencia y conexión semántica, totalmente dependientes de la situación comunicativa. Y es justamente la relación sistemática que el modelo de organización estilística mantiene con la contextualización lo que incita a plantearse hasta qué punto podría incluirse dentro de los diferentes tipos de actos de habla (Dijk 1978: 109-121).

4.2.5. Primer acercamiento a la pragmática: teoría de los actos de habla

La teoría de los actos de habla puede abordarse, según Yvancos, desde el campo del estudio conocido como pragmática (Martínez 2002: 224). Pero ¿qué definibilidad puede dársele a este ámbito? Pues bien, dentro de la semiótica (estudio de la semiosis o conjunto de procesos sígnicos) existen tres ramas: la sintaxis, la semántica y la pragmática. Teniendo en cuenta que las dos primeras ya se han ido delineando en las páginas anteriores (aunque no sea de forma explícita), nos centraremos en comentar que la pragmática es la ciencia que se dedica al análisis de los actos de habla y, más en general, al de las funciones de los enunciados

²³ La aceptabilidad de las variantes estilísticas varía dependiendo de si se insertan en un texto literario o no. Asimismo, esta aceptabilidad como resultado de producciones literarias depende de convenciones sociales e históricas que pueden variar con el tiempo y la cultura (Mayoral 1987: 175).

²⁴ El concepto *tópico-comento* es, según las palabras del propio van Dijk, uno de los problemas más complejos de la lingüística moderna, ya que se vincula tanto a aspectos pragmáticos como cognitivos y semánticos (Dijk 1978: 51).

²⁵ La inseparabilidad estilístico-formal del ámbito semántico no es puntualizada únicamente por van Dijk sino que, como se comentó con anterioridad, la estilística española ya emitía juicios al respecto. Asimismo, Joseph Courtés, resalta las modificaciones que el lingüista Hjelmslev hace de la dicotomía *significante/significado* saussuriana. El danés sustituye “significante” por “expresión” y “significado” por “contenido”. Estos componentes lingüísticos encuentran un desdoblamiento interno según lo que se denomina *sustancia* y *forma*. De este modo se distinguen, por ejemplo, la *sustancia* de la expresión y la *forma* de la expresión, que permitirían extraer, de lo que convencionalmente se concibe como *significante*, un espacio organizativo-formal y un espacio *significativo* que no remitiría al *significado* convencional (encontrándose una carga *significativo-semántica* en el espacio del *significante* o *expresión*). (Courtés 1997: 28-30).

lingüísticos y de sus características en los procesos de comunicación (Dijk 1978: 79)²⁶. Insertado ya el movable lugar que caracteriza a la pragmática, es posible adentrarse en el edificio constituido por la teoría de los actos de habla. Un acto de habla se produce cuando un hablante genera un enunciado en una lengua natural y en un tipo específico de situación comunicativa (Mayoral 1987: 172). Dar órdenes, plantear preguntas, hacer promesas o perdonar son ejemplos de actos de habla, los cuales siempre se realizan de acuerdo a reglamentaciones de los elementos lingüísticos (previniendo un margen de variabilidad estilística). Esta conceptualización del uso lingüístico como acto permite insertar a cualquier teoría del lenguaje en una teoría de la acción, ya que hablar es una manera de comportamiento. Es el lingüista y filósofo Searle quien, en su libro *Actos de habla*, se plantea la definición de dichos actos, así como las conexiones analíticas existentes entre la noción de acto de habla con lo que el hablante quiere comunicar, lo que la oración transmite, lo que el hablante intenta, lo que el oyente comprende y la participación de las reglas que afectan a los elementos lingüísticos, conduciendo al acto de habla de manera directa por un recorrido contextualmente pragmático. Son tres los géneros de actos de habla que Searle distingue en sus investigaciones: actos de emisión, actos proposicionales y actos ilocucionarios²⁷. En primer lugar, los actos de emisión suponen, simplemente, la acción de emitir una oración o un morfema. Seguidamente, el acto proposicional consiste en la referencialización o predicación de algo. Por último, los actos ilocucionarios suponen el ropaje gramatical e intencional de los anteriores actos. La ejecución de cada uno de estos actos se ve determinada por las consideraciones estilísticas del emisor que enfoca su mirada en una contextualización, un receptor o una información (Searle 1980: 29-41).

4.2.6. Segundo acercamiento a la pragmática: emisor-texto-receptor

Siguiendo con la organización del territorio pragmático que desarrolla Pozuelo Yvancos, la teoría de los actos del habla ha de compartir su estatus capital con la relación emisor-receptor (Martínez 2002: 224). De modo que, al cubrir al texto (y todos los constituyentes que en él gravitan) con el velo pragmático, no solo nos topamos con múltiples actos de habla, sino también con una relación bidireccional entre macro y microestructura, dependiendo de si es el emisor o el receptor quien observa. En el caso del productor, se da una macrooperación sintética, en la que se organiza la macroestructura óptima para la finalidad comunicativa buscada y, después de esta, se desarrolla la microestructura.

²⁶ Para Pozuelo Yvancos, la pragmática ha de entenderse y abordarse como una organización no diferente de la semántica y la sintaxis, sino englobadora de las mismas (Pozuelo 1987: 200).

²⁷ En *How to do things with words*, Austin menciona otro género llamado acto perlocucionario, que puede definirse como los efectos que los actos ilocucionarios generan sobre los oyentes como, por ejemplo, la persuasión o el convencimiento (Searle 1980: 40).

Contrariamente, la recepción parte de la microestructura y, a partir de ella, elabora la macroestructura que considera más coherente con respecto al estrato microestructural, proceso al que se le denomina macrooperación analítica (Albaladejo y García Berrio 1983: 144-150). Pero la relación entre emisor, texto y receptor va mucho más allá. La propia existencia del texto está determinada por la relación interactiva entre emisor y receptor. El texto siempre se muestra incompleto, puesto que el productor deja espacios en blanco que el receptor ha de rellenar. Precisamente, es el conocimiento previo coincidente entre destinatario y emisor el que postula el mensaje. Esta “enciclopedia” informativa (como la denomina Umberto Eco) precedente al encontronazo con el texto, puede hallarse en grados variables que devienen en plusvalías interpretativas²⁸ y, por ello, la carga semántica que emisor y receptor infieran, conforme a un mismo texto, puede ser distinta (con variados niveles de cercanía), algo que, obviamente, ocurre también con respecto a las macro y microestructuras (Eco 1981: 73-84).

4.2.7. Parámetros de diseminación analítico-práctica del texto desde la teoría macroestructural

Como se ha comentado con anterioridad, el recorrido de descubrimiento macro y microtextual está supeditado a una bidireccionalidad determinada por emisor o receptor. En las páginas subsiguientes, se explicará el proceso de construcción de las macroestructuras a través de una macrooperación analítica (la ejercida por el receptor).

Las primeras vestiduras que conforman al texto responden a la estructura de los enunciados, que se desarrolla gracias a los distintos niveles del sistema gramatical, el cual permite tanto su producción como su comprensión. Este sistema de normas -que deviene vital en el acercamiento al espacio microestructural-, se organiza en distintos cajones: el fonológico, el morfológico, el sintáctico y el semántico²⁹. Este último aspecto es el que guarda más elementos proposicionales³⁰. Pero ¿cómo se vincula la semántica a la proposición? Justamente, en el espacio

²⁸ Cuando el lector coincide completamente con las informaciones y lecturas del emisor, se convierte en un lector modelo, que es, de hecho, el tipo de lector que el autor se imagina cuando construye la obra (ocurre lo mismo, pero en dirección inversa, en el caso de la recepción) (Eco 1981: 79-80).

²⁹ La fonología estudia el nivel de las formas de sonido de los componentes enunciativos. La morfología se encarga de estudiar las unidades del sistema lingüístico denominadas morfemas, que responden a la forma de las palabras. La unión que protagonizan tanto las formas de sonido como las formas de las palabras construyen la oración, que es donde trabaja la sintaxis. Finalmente, la semántica se encarga de los significados de las frases (van Dijk 1978: 32-33).

³⁰ Las relaciones entre proposiciones, macroestructuras y tópicos han sido tratadas tanto en los puntos 4.2.2 como 4.2.3.

semántico, el receptor vincula unas unidades de la realidad a las realizaciones lingüísticas, proceso denominado interpretación³¹. Este proceso permite delinear el conglomerado tópico concerniente a la organización de la proposición y se realiza, primero de forma intensional y, posteriormente, extensional. Esta última forma de interpretación se posibilita puesto que las proposiciones están ligadas a los “estados de cosas”, es decir, que remiten a conceptualizaciones de elementos ya existentes (ya sea en una realidad actual o alternativa). El término técnico para estos “estados de cosas” es el de mundos posibles³², que responden no solo a una realidad histórica y actual, sino también a esa abstracción construida por la semántica (Dijk 1978: 32-40)³³. El proceso cognoscitivo de interpretación conceptual ocurre

³¹ Obviamente, para que el proceso interpretativo pueda ejercerse, es necesaria la comprensión del sistema normativo gramatical por parte del receptor (Dijk 1978: 35). Asimismo, el conglomerado informativo de la “enciclopedia” de Eco (a lo que Teun van Dijk denomina “el conocimiento del mundo”) también puede ser influyente -precisión tratada anteriormente, en el punto 4.2.6-.

³² Este término pertenece a la tradición de la filosofía (específicamente a la lógica modal), pero se ha explorado también en el ámbito de la teoría literaria por parte de autores como García Berrio, Mayoral, Albaladejo o Dolezel (Asensi Pérez 2016: 38-55)

³³ Al hacer referencia a un mundo posible caracterizado por una realidad alternativa, como es el caso de la literatura, salen a relucir una serie de problematizaciones. En su obra *Actos de habla*, Searle estudia, como ya se comentó, la rúbrica general de los actos de habla. Cuando se encarga de los actos proposicionales, se focaliza en la referencia (limitándose a la referencia singular definida) y en sus axiomas. Son dos los axiomas principales: el axioma de existencia y el de identidad. En el caso del primer axioma, se trata de que “cualquier cosa a la que se hace referencia ha de existir”, diferenciándose del segundo, que responde a que “si un predicado es verdadero de un objeto, es verdadero de todo lo que sea idéntico a ese objeto, independientemente de las expresiones que se usen para hacer referencia a ese objeto”. El axioma de existencia se vuelve conflictivo si se tratan personajes de ficción, ya que carecen de referencia en la realidad. Para clarificar esta situación, se vuelve necesario distinguir entre el hablar normalmente sobre el mundo real y el universo de un discurso ficticio. De modo que, en el habla de ficción, la designación de un personaje literario sería verdadera en ese espacio ficcional en el que encuentra una referencialidad. La problematización de la referencialidad entre el habla de ficción y el hablar del mundo real es considerada tan trivial por parte del autor, que termina por dejarse fuera del alcance prolijo de la obra (Searle 1980: 99-103).

Contrariamente a la poca atención que para Searle merecen las cuestiones del habla ficcional y sus referencialidades, Martínez Bonati dedica un artículo al tema (centrándose en lo que denomina discurso novelístico) titulado *El acto de escribir ficciones*. Para este autor, el acto de escribir novelas no puede ser un acto de fingimiento, donde el escritor *haría como si* estuviese hablando (algo que sí concibe Searle), ya que fingir implica una ejecución y efectividad de resultados no dados verdaderamente, algo que no se cumple con el escritor de ficciones, que imagina hechos que organiza en efectivas narraciones inscritas en un texto

en la memoria a través de dos fases subsecuentes: la memoria a corto plazo (STM) y la memoria a largo plazo (LTM). En el primer caso, se analiza e interpreta la información que entra a través de nuestros sentidos, como puede ser el sonido de los fonemas, morfemas o estructuras sintácticas, a los que se asigna un concepto en base a los tipos de interpretación intensionales o extensionales. Es en este proceso donde el conocimiento del lector, sus experiencias y expectativas, son indispensables para el margen de variabilidad interpretativa entre sujetos³⁴. Seguidamente, en la memoria a largo plazo, se deposita, con el tiempo, la información recopilada por la memoria a corto plazo (que consta de una capacidad de recuperación informativa muy limitada). De este modo, en la STM se asignan unos significados conceptuales al texto y, en la medida en la que la capacidad conservativa de la STM lo va necesitando, transporta parte de su material a la LTM. Esto es traducible en la interpretación de las oraciones como secuencias de proposiciones, donde el lector asigna ciertas conceptualizaciones al estrato gramatical, llegando al tópico semántico que se va organizando en la STM, sumándose progresivamente la información adicional (*comento*) proveniente de otra proposición. En la LTM se irán guardando las secuencias que van generando las proposiciones, las cuales precisan de una coherencia que también ha de caracterizar a las microestructuras (Dijk 1980: 3-8). Para llegar a la coherencia que une macro y microestructuras, son necesarias una serie de normas conocidas como macrorreglas³⁵, que pueden ser de cuatro tipos: omisión, selección, generalización e integración. La primera macrorregla responde a la eliminación de toda información trivial que no tenga una función ulterior en el conglomerado proposicional. Es característico de esta primera regla que la información omitida no puede recuperarse (o, en el caso de que se pueda, se hace de manera sumamente reducida), algo que sí sucede en la segunda regla. Aunque en el proceso de selección también se elimina información, se da la situación de que la información omitida es parte integrante de las proposiciones no omitidas. De forma similar, también en la generalización se omite información que no puede recuperarse (como sucedía con la primera regla), pero se hace de manera distinta al primer caso. La tercera macrorregla omite características esenciales de los rasgos de los referentes, y no casuales, como

que apela directamente a un lector, al cual puede generarle risa, llanto, rabia o alegría (Martínez Bonati 1978: 137-144).

³⁴ Para poder inferir información de un texto, ha de tenerse en cuenta el variable “conocimiento del mundo” del que parte todo receptor, algo que es determinante ante la cambiante posibilidad interpretativa (que llevará consigo una ejecución cambiante del conglomerado de las macrorreglas, como se comentará más adelante).

³⁵ Teun van Dijk define a las macrorreglas como “la reconstrucción de aquella parte de nuestra capacidad lingüística con la que enlazamos significados convirtiéndolos en totalidades significativas más grandes. Es decir: introducimos un orden en lo que a primera vista no es más que una larga y complicada serie de relaciones, como por ejemplo entre proposiciones de un texto” (Dijk 1978: 58).

ocurría en la primera macrorregla. Además, los rasgos son sustituidos por un sobreconcepto compartido y abarcador. Finalmente, la macrorregla integrativa (también denominada “constructiva”), elabora una proposición que sirve de *input* conforme a la serie proposicional en la que se fundamenta. Es decir, que una serie de elementos proposicionales se manifiestan de manera integrada en una proposición más general o global, sin necesidad de pasar por omisión o selección (Dijk 1978: 58-63). Veamos el siguiente soneto de Quevedo, donde puedan aplicarse las macrorreglas:

Si tu país y patria son los cielos,
¡Oh Amor!, y Venus, diosa de hermosura,
tu madre, y la ambrosía bebes pura
y hacen aire del ardor del sol tus vuelos,

si tu deidad blasona por abuelos
herida deshonesto, y la blancura
de la espuma del mar, y de tu segura vista,
humildes, gimieron Delfo y Delos,

¿por qué bebes mis venas fiebre ardiente
y habitas las médulas de mis huesos?
Ser dios y enfermedad ¿cómo es decente?

Deidad y cárcel de sentidos presos
la dignidad de tu blasón desmiente,
y tu victoria infaman tus progresos.

Este soneto titulado *Impugna la nobleza divina de que presume el amor con su origen y con sus efectos*, es uno de los textos que Pozuelo Yvancos comenta en su trabajo *La construcción retórica del soneto quevediano*. Se trata de un soneto de índole semántico-pragmática, caracterizado por una construcción dialógica de fuerza ilocutiva. Un ejemplo de esta estructura apelativa se halla en la proposición condicional inicial, dirigida a Amor, el destinatario al que se pretende persuadir. Pero ¿de qué se pretende convencer a Amor? Respondamos a esta pregunta a través del uso de las macrorreglas³⁶. Podemos aplicar, inicialmente, la macrorregla

³⁶ Aunque lo esperable sería empezar el análisis desde otro punto, ha de recordarse que no se pretende hacer un análisis del poema en su completud sino, simplemente, ejemplificar el

de la selección, puesto que lleva consigo a la macrorregla de la omisión. Elementos como “patria son los cielos” (vv. 1), “Venus, diosa de hermosura, tu madre” (vv. 2-3), “tu deidad blasona por abuelos” (vv. 5), “ser dios y enfermedad ¿cómo es decente?” (vv. 11) o “Deidad y cárcel de sentidos presos” (vv. 12) serían algunos de los estratos semánticos a seleccionar (omitiendo los restantes), puesto que en ellos se encuentra la carga semántica más fuerte del soneto. Ha de tenerse en cuenta que la información se ha recogido de manera progresiva, uniéndose los tópicos recaudados con los *comento* que van apareciendo. Llegados a este punto, es posible acudir a la macrorregla de la generalización, que podría ser “Amor es un ser divino y doliente”. Esta proposición implica, conceptualmente, al conglomerado proposicional seleccionado de forma previa. La cuarta macrorregla podría integrarse en el silogismo “El Amor no es tan divino como dice su estirpe si se obceca en las desgracias del pobre amante”. Esta proposición permite cohesionar la información de la completud del soneto sin necesidad de omitir elementos (algo que sí sucedía en la tercera macrorregla, que no necesita justificar la divinidad de Amor conforme a su origen ni su caracterización como doliente, centrándose en las consecuencias sufridas por el amante). Es así como puede llegarse hasta el confeccionamiento de una macroestructura global que permita considerar al soneto desde ese recorrido por las entrañas del amor, que se manifiestan como originariamente divinas, pero esconden el dolor y la malicia del infame.

Definitivamente, aunque el acercamiento a las macro y microestructuras se ve caracterizado por la subjetividad del “conocimiento del mundo” del que dispone cada lector al realizar la macrooperación analítica, también se vincula con un conjunto de operaciones de carácter objetivo como los procesos de la memoria a corto plazo y a largo plazo, o las macrorreglas. Es este conglomerado entre parámetros subjetivos y objetivos, sumado a la practicabilidad constante que engloba a la construcción teórica, lo que permite caracterizar a la discursividad literaria, más allá de las fronteras lingüísticas que la conforman.

Conclusiones

Gran parte del siglo XX se caracteriza por un protagonismo lingüístico de interpretabilidad pragmática. La accionabilidad del lenguaje se perfila en la expansión de la semiótica por todas las disciplinas sociales o en la persuasión consumista de los discursos comunicativos social-capitalistas; detectable también en la internalidad de los estudios retóricos. Y es que la retórica llevó siempre consigo a la apertura de fronteras y al pragmatismo tanto en su relación con poética, dialéctica o sociedad, como en sus operaciones internas. Son estas caracterizaciones las que se actualizan en el modelo de neoretórica que desarrolla Yvancos. Este autor encuentra el pragmatismo de la retórica, ya de primeras, en la teoría de los *status* y los *genera*, que relacionan la carga inventiva con la adecuación contextual. Este perfilamiento pragmático de nociones originariamente aristotélicas encuentra su

uso de las macrorreglas.

paralelo en la organización de las macroestructuras. Asimismo, el pragmatismo que envuelve a las macro y microestructuras se ve acompañado de una inexistencia fronteriza, puesto que, tanto los tópicos textuales de las proposiciones necesitan una organización lingüístico verbal, como la constitución de variaciones estilísticas es inseparable de la variabilidad *tópico-comento*, así como del contexto en el que se insertan. Es curioso que la simultaneidad práctica de todas estas parcelas teóricas deviene análoga en la retórica, ya que *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio* nunca pueden ejercerse de manera independiente. El resultado discursivo de este ejercicio interoperacional se percibe como un acto de habla de interacción bidireccional, que abarca tanto a un emisor como a un receptor. Son estas las caracterizaciones que se han intentado precisar en las páginas anteriores y que permiten conectar a toda la operatividad interna de los discursos con constituyentes del mundo que los rodea. Paralelamente, el pragmatismo que deviene en la definibilidad de la constitución interna del discurso es el elemento que, con el progreso de las poéticas lingüísticas, acaba caracterizando a la literariedad.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Albaladejo, T. (1991): *Retórica*. Madrid: Editorial Síntesis.
- — — y García Berrio, A. (1983): “Estructura composicional. Macroestructuras”. *ELUA. Estudios de Lingüística*. N.1, pp. 127-180. Recuperado a partir de https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/6677/1/ELUA_01_05.pdf
- Alonso, D. (1966): *Poesía española: Ensayo de métodos y límites estilísticos*. Madrid: Editorial Gredos.
- Aristóteles (1999): *Retórica*. Madrid: Editorial Gredos.
- Ariza, E. (2021): *Literatura y edición (mundo editorial y estilos de la edición, traducción y corrección de textos literarios)*. Madrid: Guillermo Escolar Editorial.
- Asensi Pérez, M. (2016): “Teoría de los modelos de mundo y teoría de los mundos posibles”. *ACTIO NOVA: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, pp. 38-55. Recuperado a partir de <https://revistas.uam.es/actio-nova/article/view/6974>
- Barthes, R. (1982): *Investigaciones Retóricas I. La antigua retórica*. Barcelona: Ediciones Buenos Aires.
- Courtés (1997): *Análisis semiótico del discurso: del enunciado a la enunciación*. Madrid: Editorial Gredos.
- Deleuze, G. (2005): *La isla desierta y otros textos*. Valencia: Editorial Pre-texto.
- Derrida, J. (1989): *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Editorial Anthropos.

- Dijk, T. van (1992): *La ciencia del texto. Un enfoque interdisciplinario*. Barcelona: Editorial Paidós.
- (1980): *El procesamiento cognoscitivo del discurso literario*. Revista Acta Poética, Vol. 2, pp. 3-26. Recuperado a partir de: <https://revistas-filologicas.unam.mx/acta-poetica/index.php/ap/article/view/677/681>
- Eco, U. (1981): *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Fokkema, W y Ibsch, E. (1984): *Teorías de la literatura del siglo XX*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Foucault, M. (2010): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Barcelona: Editorial Siglo XXI.
- Guillén, C. (2005): *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada (ayer y hoy)*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Lausberg, H (1975): *Manual de retórica literaria I*. Madrid: Editorial Gredos.
- Llovet, J (2012): *Teoría literaria y literatura comparada*. Barcelona: Editorial Ariel (Planeta).
- Martínez Bonati, F (1978): “El acto de escribir ficciones”, *Dispositio* III, 7-8, pp. 137-144.
- Martínez, L. (2002): “La retórica en el siglo xx. Hacia una Retórica General”. *DICENDA. Cuadernos de Filología Hispánica*, Vol. 20, pp. 229-253. Recuperado a partir de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=304868>
- Mayoral, J. (1987): *Pragmática de la comunicación literaria*. Madrid: Editorial Arco Libros.
- Morey, M. (2014): *Escritos sobre Foucault* (Madrid) Editorial Sexto Piso.
- Muguerza, J y Gómez, C. (2007): *La aventura de la moralidad (paradigmas, fronteras y problemas de la ética)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Naupert, C. (2001): *La tematología comparatista. Entre la teoría y la práctica*. Madrid: Arco Libros ediciones.
- Nietzsche, F. (2000): *Escritos sobre retórica*. Madrid: Editorial Trotta.
- Pericles, P. (2004): *Barthes y el imperio de los signos*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Pozuelo Yvancos, J. (1988): *Del formalismo a la neoretórica*. Madrid: Taurus Ediciones.
- (1999): *Formas de la invención en la poesía de Quevedo (Sobre “Con acorde concento...”)* en I. Arellano- Jean Canavaggio, eds: *Rostros y máscaras: personajes y temas de Quevedo*. Pamplona: EUNSA, pp.119-131.
- (1983): *La lengua literaria*. Málaga: Librería Ágora Ediciones.
- (1987): “Neoretórica y retórica general”. *DISPOSITIO*, Vol. 12, pp. 187-

212. Recuperado a partir de: <https://www.jstor.org/stable/41491316>

Saussure, F. (1945): *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Searle, J. (1980): *Actos de habla*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Vigotsky, L. (1995): *Pensamiento y lenguaje. Teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas*. Buenos Aires: Ediciones Fausto.